

AL RE-ENCUENTRO CON LA FAMILIA

La familia en el tercer milenio

«La fe se alimenta de la experiencia religiosa vivida en familia. No es fácil entender la iglesia como comunidad de vida, de fraternidad y amor, si antes no vivimos esa fe en experiencia de familia. Por eso desde los primeros siglos se ha llamado a la familia – pequeña iglesia doméstica-»

C. Sobrado

TEMA 5.3 La Familia cristiana en el camino de la misión eclesial

I. Justificación del tema

Si la familia cristiana tiene una raíz, una naturaleza y una identidad eclesial –Iglesia doméstica- es evidente que debe estar insertada también en la misión fundamental de la iglesia, que es la evangelización. Esto implica que cuando la familia deja de comprometerse en esa tarea, de alguna manera está poniendo en entredicho su identidad.

De hecho las raíces del cristianismo y el contexto cultural grecorromano nos permiten afirmar que el origen del cristianismo está relacionado con el hogar doméstico y con la vida familiar. De esa fuente se deriva toda una larga historia eclesial de compromiso de la familia en la tarea primordial de la iglesia.

Lamentablemente esto, que fue claro en los comienzos, posteriormente no siempre se ha visto así. Durante muchos siglos la familia fue considerada sólo como un objeto de evangelización no como un sujeto protagonista de la misma.

A partir del concilio Vaticano II, que retomó con vigor las viejas raíces, se han venido haciendo tímidos esfuerzos por devolverle a la familia su impronta misionera.

Más aún, la reflexión sobre la naturaleza de la Iglesia ayuda a redescubrir la verdadera naturaleza de la familia que los cristianos han de construir. Con demasiada frecuencia hemos pensado que la familia -incluso la familia «en el Señor»- se limitaba en su esencia y en su función a las tareas de la mutua ayuda en el amor y la fidelidad y a los deberes y gozos de la generación y

educación de la prole. Y, sin embargo, ¿no se podría sospechar que para estas tareas, ciertamente nobles y constitutivas de la entraña misma del matrimonio y de la familia, no era necesario el rocío benéfico de la buena noticia? «¿No hacen eso mismo también los gentiles?» (Mt 5, 47). Importa mucho, entonces, que también nosotros reflexionemos al respecto.

II. Breve análisis de la realidad

Antes de iniciar el estudio del tema conviene que se haga un análisis situacional de cómo anda esa realidad a nivel de la comunidad local. *Las siguientes preguntas pueden orientar el análisis:*

1. *¿Existe en el común de las familias cristianas de su medio conciencia de su responsabilidad evangelizadora y misionera?*
2. *En caso afirmativo, ¿cómo se expresa y manifiesta esa conciencia?*
3. *En caso negativo, ¿a qué se debe?*
4. *Se percibe de parte de los pastores de la iglesia local un interés por formar, sostener y animar esa conciencia misionera de la familia? ¿De qué forma?*
5. *¿Qué se podría hacer a nivel parroquial o diocesano para cambiar esa situación?*
6. *En los colegios católicos ¿se viene realizando algún tipo de formación en ese sentido? ¿Qué oportunidades se les brindan a los padres del colegio para que participen en la evangelización de los propios alumnos y del medio circunvecino?*
7. *¿De qué manera se involucran las familias del centro en la vida parroquial y diocesana?*



III. Brevísimo marco teórico y/o referencial

Para entrar en un estudio adecuado de la naturaleza misionera de la familia hay que partir lógicamente de la experiencia y la palabra de Jesús: ¿Cómo veía Él la familia desde la perspectiva del Reino que venía a establecer?...*Ello ofrece el marco referencial básico para el tema que nos ocupa*

3.1. Jesús y la familia

La familia judía tenía una importancia decisiva en la vida religiosa del pueblo, y constituía el lugar de verificación de su propia identidad. A ella estaban unidos la alianza, el sacrificio, la circuncisión, las bendiciones divinas, y sobre todo la Pascua. En tiempo de Jesús, la familia seguía siendo el lugar de las principales manifestaciones del culto judío: la Pascua se celebraba en el templo y en Jerusalén, pero también en familia, como memoria de la liberación de la esclavitud de Egipto; las comidas familiares, sobre todo las del sábado, mantenían su carácter religioso y sagrado, de agradecimiento a Dios Creador por sus dones, y de fraternidad; la misma oración de la mañana y de la tarde era un elemento esencial del culto familiar que así confesaba su fe en Dios y pedía perdón de sus pecados; también los diversos ritos domésticos, como el encendido de la lámpara de la tarde, o la celebración de los momentos claves de la vida (esponsales, matrimonio) y las costumbres familiares que acompañaban a las grandes fiestas (tabernáculos, año nuevo, expiación...) tenían un fuerte sello familiar.

De esa rica tradición se nutrió Jesús, quien, lejos de rechazar esos ritos familiares judíos, los asumió y los purificó de formalismos y convencionalismos circunstanciales, abriéndolos a un horizonte mayor.

3.1.1 La familia en la vida de Jesús

La experiencia personal de Jesús ciertamente se vio marcada por los años vividos en el hogar de Nazaret, junto a María y a José. Allí experimentó personalmente lo que significa la familia humana, vivida intensamente como taller-fragua de hombres, como escuela de valores y como hogar. Posteriormente esta experiencia vivencial se iría enriqueciendo desde la perspectiva de la misión y el servicio al Reino de Dios. A partir de allí, todo lo que Jesús anuncia en sus discursos lo vive en persona. Su tarea consiste en *«preocuparse de las cosas del Padre»* (Lc 2,49). En Caná reprocha a su propia Madre el plantearle un problema aparentemente individualista, al margen de los intereses del Reino (Jn 2). Enseña que su familia carnal ha sido superada por una familia mayor: *«¿Quiénes son mi padre y mi madre, mis hermanos?»* (Mt 12,46). A alguien que felicita a María por ser su madre -*«Bienaventurados los pechos que te alimentaron...»*- Jesús le responde: *«no, bienaventurados más bien aquellos que escuchan la palabra y la practican»* (Lc 11,27-28). Advierte que muchas veces la fidelidad al Reino generará conflictos en el seno familiar: *«Yo vine a separar al hijo del padre, a la hija de su madre, a la nuera de su suegra»*, lo que significa que, a veces, los enemigos del discípulo serán sus propios parientes (Mt 10,35-36)

3.1.2 La familia en la praxis ministerial de Jesús

Jesús cumplía los ritos de purificación en familia. Subía al templo a celebrar la Pascua pero también la celebraba en familia. Aceptaba invitaciones a comer en diversas viviendas familiares. El llamado a los Discípulos para formar la primera comunidad, la organización de grupos de participantes, las reuniones con quienes le seguían, etc., se apoyaban con mucha frecuencia en el espacio familiar. Muchas de sus predicaciones, bendiciones y curaciones, fueron realizadas en ese mismo marco o en alguna relación con él. *Por ejemplo*, el primer signo en Caná, el llamado a la conversión de Zaqueo, la amistad con la familia de Lázaro, Marta y María, el anuncio de la Resurrección con motivo de la muerte de Lázaro, la predicación en casa de un fariseo cuando critica la exterioridad y anuncia el Reino y, finalmente, la cena de la nueva Pascua en vísperas de su Pasión. En todas partes aparece, de una forma u otra, el contexto familiar.



3.1.3 La familia en la predicación de Jesús

La enseñanza de Jesús sobre la familia se situaba casi siempre en la perspectiva del Reino: en su mensaje la familia pequeña es trascendida hacia la familia grande, la Iglesia, la humanidad. Jesús piensa en el nuevo pueblo de Dios como una gran familia, nacida del Espíritu y del Agua (Jn 3,5), no de la carne ni de la sangre (Jn 1,13), con un solo Padre-Madre y una multitud de hermanos y hermanas (Rm 8,29), que hacen la voluntad del Padre (Mc 3,35). y aunque, en ese gran escenario del Reino, el novio, la novia, el esposo, la esposa, los hijos, los hermanos, aparecen sólo como pequeños actores o detalles, cuando se los considera a la luz de esa realidad mayor, se revelan como muy importantes.

El Reino-Reinado de Dios tiene sus exigencias: lo acogen quienes reconocen a Dios como Padre y quieren sentirse hermanos de todas las criaturas en la perspectiva de una gran familia. Pide una nueva forma de ser y de relacionarse en el mundo, desde la perspectiva del Reino, y por eso mueve a tomar nuevas posiciones ante Dios, ante los semejantes, ante las cosas. Es obvio que, en la perspectiva de ese reino, también la familia tiene que reubicarse: ya no vale el *«me casé, déjame ir a...»* (Lc 14,20). La familia ha de entender que su vocación la supera y trasciende,

que su realidad no puede encerrarse entre las cuatro paredes de una casa. Hay que dejar que los «muertos entierren a sus muertos». (Lc 9,59), pues los valores e intereses del Reino priman muchas veces sobre los exclusivamente familiares. Hay que amar a Cristo más que al hermano, a la esposa, al esposo (Mt 10,37-39). La pasión por el Reino desborda el amor familiar que, aunque válido e importante, no es suficiente pues debe trascenderse a sí mismo de cara al Reino que Cristo quiere instaurar.

Ello implica, también que la familia debe redefinirse: la presencia de Jesús en el grupo familiar transforma el amor humano, constitutivo del matrimonio, en amor sobrenatural. Éste es el «gran misterio» de que habla San Pablo, íntimamente ligado al designio del Creador, para la expansión de su vida en la realidad humana. Si se vive el matrimonio como sacramento, la familia se convierte en un templo, y lo que pasa entre marido y mujer es obra también del Espíritu de Jesús.

En resumen, Jesús no desprecia la familia, al contrario, la valora mucho y la supone como base para la formación de una familia más grande. El Reino que El trae es un proyecto universal, más importante que los proyectos sectoriales, por ejemplo, el de la familia. Sin embargo, éstos, por pequeños que sean, no pueden ser excluidos; sólo se les pide que se orienten también hacia el Reino y se dejen llevar por su dinámica.

3.2. La familia, «primer centro de evangelización»



Desde la perspectiva evangélica, el proyecto de la familia cristiana, como el de toda la iglesia, es construir la unidad, hacer la comunión, «reunir a los hijos dispersos»; pero la familia debe realizar esa misión desde su propia peculiaridad, básicamente, a través del amor recíproco que sacramentaliza, o sea, hace presente el Amor de Dios. Y debe vivir tan profundamente su vocación cristiana que se haga modelo de fidelidad evangélica para toda la familia humana y camino expedito hacia la plenitud del Reino de Dios.

Si la Iglesia entera puede ser concebida como una familia y como tal debiera comportarse tanto en el plano humano como en el espiritual¹, también la familia puede ser concebida como una pequeña Iglesia, no sólo con la misma identidad esencial, sino también con la misma tarea fundamental: anunciar y servir el Evangelio. Con razón Puebla la califica de «primer centro de evangelización»².

Como acertadamente se ha dicho respecto a la eucaristía, podría afirmarse que si la Iglesia entera «crea» y arroja a las familias cristianas, también éstas contribuyen a la edificación y crecimiento de la Iglesia de Jesucristo, tanto en el número de fieles como en la vivencia de la fe, de la esperanza y del amor. De hecho, ha escrito el Papa Juan Pablo II, «la Iglesia encuentra en la familia, nacida del sacramento; su cuna y el lugar donde puede actuar la propia inserción en las generaciones humanas, y éstas a su vez, en la Iglesia»³. Y que no parezca fuera de lugar la alusión a la eucaristía, pues ya Pío XII recordaba las hermosas y profundas palabras de San Roberto Belarmino en las que comparaba el matrimonio con la eucaristía: uno y otro son sacramentos mientras se celebran y son sacramentos mientras perduran⁴.

Como decíamos, el descubrimiento de la familia como iglesia doméstica ha significado un notorio avance notable en la comprensión de la familia cristiana. En las décadas anteriores al Vaticano II, la teología y la pastoral habían venido dando pasos muy significativos, sobre todo al desprenderse de una concepción «institucionalista y jurídicista» para centrarse en una concepción

¹ Cf. LG 6.

² Puebla 617

³ **Juan Pablo II**, FC 15: AAS 74(1982).97. Cf. V. Guitarte -Amor y Matrimonio en la exhortación Familiaris Consortio. de Juan Pablo II- en Revista Española de Derecho Canónico 38 (1982). G, Grasso, «La Familiaris Consortio en la teología del sacramento del matrimonio» en Angelicum 60 (1983). 97-108.

⁴ Pío XII. Casti Connubii: AAS 32 (1930).583.

más «personalista». Así, se había pasado de una visión de la familia como «institución para el bien de la especie» a un concepto de familia como «vocación de personas». Pero esta concepción, que ha aportado múltiples riquezas, también ha dejado al descubierto, a la larga, algunas limitaciones. Como se ha visto en otros campos de la teología, el descubrimiento de las dimensiones personalistas no debe encerrar la fe y la praxis de los cristianos en un mundo de relaciones mutuo-contemplativas, pues la fe y la conversión, si son auténticas, se han de abrir necesariamente a la misión y al testimonio. Valsechi ha señalado con precisión el peligro:

«Desgraciadamente también la presentación cristiana de la familia como «comunidad de amor» puede contribuir a estrechar horizontes. Efectivamente representa una concepción muy sublime; pero, por lo menos en el caso de cónyuges mediocres, puede prestarse a muchas mistificaciones; por ejemplo, a ésa en la que se transfieren socarronamente perspectivas y modalidades de vida de pequeños burgueses, demasiado sugestiva para no dejarse vencer fácilmente»⁵.

De ahí que el paso siguiente -el descubrimiento de la familia como una iglesia doméstica- ha permitido considerar la familia como una comunidad abierta y comprometida. La Iglesia no es una institución que encuentre su fin en sí misma. La Iglesia nace y vive para ser signo y sacramento del Reino de Dios. Nace y vive de cara al mundo, como testimonio del Reino y como invitación al Reino. De modo semejante, la pequeña iglesia no debería caer en la tentación de autoidolatrarse, de buscar su plenitud en el perfeccionamiento de las relaciones internas olvidando su orientación al Reino, en diálogo con este mundo de Dios que se empeña en vivir a espaldas de Él. La familia, como la Iglesia, ha de existir siempre en la apertura a la oferta de Dios, que trasciende siempre nuestras pequeñas conquistas. La familia, como la Iglesia, ha de vivir atenta al Espíritu que invita y renueva, que desarraiga y orienta.

IV. Cuestiones para el estudio: preguntas o puntos de reflexión

4.1. La familia, una iglesia en acción



A la familia cristiana se le vienen planteando, desde el Vaticano II, las mismas preguntas que entonces se hicieron a la iglesia como tal: *¿Es posible separar la esencia de la familia cristiana de su misión en el mundo? ¿No es más acertado pensar que todo el ser de la familia se comprende desde su ser-enviada, puesto que, en cuanto iglesia doméstica, la misión constituye su «razón más profunda» (E.N.)?...* Y una familia que, más o menos conscientemente, renunciara a su misión en el mundo, replegándose sobre sí misma, *¿sería en verdad la familia que Dios quiere?...*

Aunque las respuestas no siempre son claras, es un hecho que cuando la familia cristiana deja de vivir su vocación misionera está siendo infiel a su misma identidad de iglesia, pues ésta implica no sólo las dimensiones orante, celebrante, servidora y liberadora, sino también la misionera y evangelizadora⁶.

En efecto, hace tiempo que la moral cristiana ha redescubierto la íntima unión que existe entre el don y la tarea: entre el indicativo de lo que el cristiano es ya por la gracia de Dios y el imperativo de lo que ha de lograr con su fidelidad⁷. También la familia cristiana entra en esa lógica evangélica. Depositaria del don y la llamada del Señor que la convoca y evangeliza cada día, la familia ha de

⁵ A. Valsecchi. El matrimonio. Madrid 1972. pp 53-54

⁶ Cf. R. FLECHA. «Un concilio para la esperanza». en *Studium Legionense* 23 (1982).123-143. especialmente 138-140

⁷ R BULTMANN Teología del Nuevo Testamento. Salamanca 1981.631-632

convertirse cada día al Evangelio y vivir libre y comprometidamente su vocación evangelizadora. Es lo que enfáticamente ha dicho Juan Pablo II en la exhortación Familiaris Consortio:

«En el designio de Dios Creador y Redentor la familia descubre no sólo su «identidad», lo que «es», sino también su «misión», lo que puede y debe «hacer». El cometido, que ella por vocación de Dios está llamada a desempeñar en la historia, brota de su mismo ser y representa su desarrollo dinámico y existencial. Toda familia descubre y encuentra en sí misma la llamada imborrable, que define a la vez su dignidad y su responsabilidad: ¡Familia, se lo que eres!»⁸.

En el mismo mensaje, el Papa recordaba que si, por designio divino, la familia está constituida como «íntima comunidad de vida y de amor»⁹, su misión se concreta en ser cada vez más lo que ya es, o sea, comunidad de vida y amor, en una tensión que, al igual que para toda realidad creada y redimida, hallará su cumplimiento en el Reino de Dios»¹⁰. Un poco después afirma, de modo más explícito, que la familia recibe la misión de custodiar, revelar y comunicar el amor, como un cuasi-sacramento del amor de Dios hacia esta humanidad concreta en la que la misma familia vive su vocación y sus dificultades diarias. Acogiendo las recomendaciones del Sínodo respectivo, Juan Pablo subrayaba y explicaba ampliamente los cuatro cometidos generales que, manando de la fuente del amor, constituyen la misión de la familia, cometidos que siguen siendo válidos hoy para explicitar en qué consiste su misión evangelizadora:

4.1.1 Formar una comunidad de personas

Si es verdad que el hombre no puede vivir sin amor, como lo precisó la encíclica Redemptor hominis¹¹, se comprende que el hombre encuentre el amor distribuyendo amor; y esto vale especialmente para la familia. El amor verdadero -y el amor familiar lo es- no aliena, sino que personifica. En ese ámbito efusivo las personas surgen como tales al serles revelado el amor. La igualdad de los esposos en su complementariedad y reciprocidad, la acogida a los hijos, desvalidos e «improductivos» como son, el respeto a los ancianos que, a su vez, ayudan a clarificar la escala de valores¹², constituyen otros tantos capítulos de esa misión de amor y, por tanto, de personificación, que la familia lleva a cabo ya en su interior.



Todo eso es parte de su evangelio vivo: de la buena nueva que predica en la ciudad humana, mientras se apresta a la construcción de una comunidad de personas también más allá del hogar¹³.

4.1.2 Servir a la vida

Un cierto reduccionismo ideológico relega la sexualidad a una simple experiencia genital que a lo sumo ve en el placer el máximo valor. Los medios de comunicación social reivindican cada día la autonomía de la sexualidad sin relación a la fecundidad. El servicio a la vida se encuentra a veces en situaciones de conflicto, aun en la pareja conyugal que no ha establecido divisiones entre el aspecto procreativo y el unitivo en su diálogo sexual. Ya lo reconoció el mismo Concilio Vaticano II¹⁴ y más tarde la encíclica Humanae Vitae¹⁵. Más que subrayar los aspectos negativos, habrá que descubrir la visión integral del hombre y de su vocación¹⁶.

⁸ FC 17.

⁹ GS 48.

¹⁰ Ibid.

¹¹ RH 10.

¹² FC 27.

¹³ Cf. también DSD 214.

¹⁴ GS51

Fiel a su doctrina sobre la paternidad responsable, la Iglesia no propugna un natalismo a ultranza, ni sacraliza la «naturaleza», ni se opone por principio a los medios anticonceptivos. Lo que busca es hacer de la sexualidad conyugal un ejercicio auténticamente responsable y humano, en el diálogo, en la exigencia de la fidelidad, en la vivencia de la paz. La familia cristiana sabe que este proceso, mitad gracia y mitad conquista, está marcado por la experiencia pascual de muerte y resurrección y constituye un verdadero itinerario, aunque con posibles deficiencias, hacia una meta que se busca sin ansiedades de conciencia¹⁷.

Por otra parte, el servicio a la vida implica la lucha contra el aborto pero situada ésta dentro de un contexto mucho más amplio: la lucha por la justicia, por una calidad de vida digna para todos, por la dignidad personal y por una cultura que se enfrente con eficacia a los dinamismos de muerte que predominan aun en densos sectores de la cultura actual.

4.1. 3 Participar activamente en la sociedad

Recogiendo un principio sociológico de larga data, el Concilio Vaticano II insistió en que la familia es la célula primaria y vital de la sociedad¹⁸. Una y otra se interaccionan. Pero una familia cristiana, nacida del don de la gracia, ha de proyectar sobre la sociedad una imagen diferente: la de su propia experiencia de un amor que se hace comunicación y participación:

«La misma experiencia de comunión y participación, que debe caracterizar la vida diaria de la familia, representa su primera y fundamental aportación a la sociedad. Las relaciones entre los miembros de la comunidad familiar están inspiradas y guiadas por la ley de la «gratuidad», que, respetando y favoreciendo en todos y cada uno la dignidad personal como único título de valor, se hace acogida cordial, encuentro y diálogo, disponibilidad desinteresada, servicio generoso y solidaridad profunda»¹⁹.

Una vez más, su íntima esencia se convierte en misión. Cuando en un mundo fundado en la agresividad, el individualismo y la competitividad, la familia cristiana se presenta humildemente como hogar de acogida y hospitalidad, de cercanía, de austeridad y de interés afectuoso hacia los demás, especialmente hacia los que nada tienen y en nada pueden competir, no sólo educa a los de casa sino que se presenta en silencio como «buena noticia» del Reino de Jesús.

Pero en un mundo como éste no basta con el mudo testimonio de unos valores interpelantes. Las familias pueden y deben luchar también por el reconocimiento social de unos valores auténticamente humanizadores:

«La función social de las familias está llamada a manifestarse también en la forma de intervención política es decir, las familias deben ser las primeras en procurar que las leyes y las instituciones del Estado no sólo no ofendan, sino que sostengan y defiendan positivamente los derechos y los deberes de la familia»²⁰.

Cuando una sociedad parece valorar la infidelidad, el erotismo, el desprecio a la vida en gestación, la familia cristiana puede prestar su voz y su intervención social en el anuncio y la denuncia. Pero también cuando se maltratan los derechos humanos, se tolera la violencia y la injusticia, se promueve la exclusión, y propugna como máximo valor la libertad, sacrificando, en su nombre, la economía y la felicidad de mucha gente... En esos casos el amor gratuito e

¹⁵ A propósito de la *Humanae Vitae* resulta útil volver a leer la iluminadora intervención del cardenal John Quinn de San Francisco durante el Sínodo de 1980; nos permite entender el trasfondo del documento papal. Puede verse en Felizari (ed). *El Sínodo de lo Familia. Un mensaje de esperanza*. Madrid 1981,133-144 De entre los muchos estudios publicados al cumplirse dos décadas de lo publicación de la *Humanae Vitae* recordamos J. M de Lahidalga, «De la *Humanae Vitae* a la *Familiaris consortio*, pasando por el Sínodo episcopal-1980» en *Lumen*, 37 (1988) 394-418.

¹⁶ FC 32.

¹⁷ FC 34.

¹⁸ AA 11.

¹⁹ FC 43.

²⁰ FC 44.

incondicional de la familia puede, por un lado, ayudar a comprender la falacia de un liberalismo sin compromiso y sin compasión y, por el otro, la familia puede y debe convertirse en abanderada de un respeto. Innegociable a los derechos humanos.

4.1.4 Participar activamente en la vida y la misión de la Iglesia

En una Iglesia excesivamente clericalizada pudo pensarse que las funciones puramente seculares, si es que existen, corresponden a los «seglares», mientras que al clero quedan reservadas la misión evangelizadora, la organización del culto, la oración, el servicio y de la caridad. Como si la adhesión al Cristo Señor y a su triple función, antes evocada, pudiera dejar arrinconadas las actividades del hombre en la ciudad secular. Esta distorsión perjudicó también a la familia al quebrar su vocación intraeclesial.



La visión hoy es otra: unida a la Iglesia, de la que es célula viva, la familia mantiene el rescoldo de un amor total, único, fiel y fecundo, como recordaba Pablo VI en la *Humanae Vitae*²¹. Pero este amor no se limita a un puro afecto intimista, sino que se manifiesta en una participación viva y responsable en la misión de la Iglesia, dentro y fuera de ella:

«Si la familia cristiana es comunidad cuyos vínculos son renovados por Cristo mediante la fe y los sacramentos, su participación en la misión de la Iglesia debe realizarse según una modalidad comunitaria; juntos, pues, los cónyuges en cuanto pareja y los padres e hijos en cuanto familia han de vivir su servicio a la Iglesia y al mundo»²².

Es obvio que una participación tan exigente exige la formación de las personas y su articulación en modos concretos; sólo así la familia podrá participar de hecho y eficazmente tanto en los organismos intra-eclesiales como en sus diversas acciones pastorales - catequesis, liturgia, ministerio de la caridad, pastoral social, juvenil, vocacional y especialmente en la pastoral familiar: coordinaciones diocesanas de la familia, orientación de las jóvenes parejas, preparación al matrimonio, dirección de escuelas de padres, presencia diversificada en los Centros de Orientación Familiar... Tal presencia no sólo beneficiará a las iglesias locales, sino que, por añadidura, repercutirá en la misma formación humana y cristiana de los miembros de la iglesia doméstica.

En éstas cuatro tareas podemos sintetizar, con el Papa, la misión evangelizadora de la familia cristiana. Será así como la solicitud familiar de la comunidad cristiana pueda convertirse también en solicitud comunitaria de la familia. Podemos sintetizar esta dinámica en las actitudes y comportamientos siguientes:

- **Pertenencia activa.** Una de las mejores aportaciones de la familia cristiana a la comunidad es un sentido efectivo de pertenencia, acompañado de una participación consciente y responsable, con todos los derechos y deberes, en la vida de esa comunidad que es «su» comunidad.
- **Responsabilidad educativa.** La familia, sobre todo los padres, han de asumir el derecho y el deber que tienen de educar a sus hijos en la fe, por haberlos bautizado y por haber asumido este compromiso ante la Iglesia y la comunidad. El cumplimiento de este derecho-deber, en todos sus aspectos (humano,

²¹ HV 9.

²² FC 50.

psicológico, social, ético, religioso...), es también una aportación inapreciable a la vida comunitaria²³.

- ***Ejemplaridad doméstica.*** La familia ejerce una «pastoral» respecto a toda la comunidad cristiana en la misma medida en que padres e hijos den un testimonio de amor y unidad, de formación cristiana y de vida solidaria, de oración y de participación en el culto y en las diversas actividades de la comunidad parroquial, etc. Es la pastoral del testimonio interno, que, al convertirse en ejemplo para la vida de relación externa, es una auténtica predicación, y que enseña también a la Iglesia a ser y vivir como familia.

- ***Participación misionera.*** Una familia es tanto más misionera cuanto más se compromete en las diversas tareas o dimensiones de la misión de la Iglesia, dentro o fuera de la comunidad parroquial: bien sea en el servicio a la Palabra (evangelización, catequesis, predicación...), bien en el orden de la Comunión (animación de otros grupos, participación en el Consejo pastoral de la comunidad parroquial...), bien en el campo de la Liturgia (desempeño de servicios y ministerios litúrgicos, participación...), bien en el ministerio de la Caridad (acciones y gestos de solidaridad y caridad con otras familias necesitadas...). También de la entrega de los miembros de la familia, de su amor respecto a los más débiles que se encuentran en ella (enfermos, ancianos...) puede aprender mucho la comunidad.

- ***Acogida misericordiosa y sin discriminación.*** La familia es el lugar por excelencia donde el amor se hace misericordia y perdón, entrega y sacrificio sin límites, acogida, sin discriminación, a los miembros más desfavorecidos o complicados... Esto sucede con frecuencia entre esposos, entre padres e hijos, entre hermanos, entre parientes... Tal actitud es un impulso, una lección, para que la Iglesia como tal y la comunidad cristiana actúen también con misericordia amorosa, respecto a las parejas en dificultades o irregularidad, y respecto a los más pobres y necesitados, o a los que de algún modo se sienten como excluidos de la comunidad...

Resumiendo, tanta es la importancia de la relación iglesia doméstica-iglesia local, familia-comunidad, que la renovación de una pasa por la renovación de la otra. La necesidad de apoyar y promover las diversas formas e instituciones de pastoral familiar se debe no sólo a la búsqueda de una renovación y servicio a la familia, sino también a una necesidad de renovación de la comunidad eclesial. Ambas realidades se necesitan y complementan.

PARA PROFUNDIZAR ESTE TEMA SE ACONSEJA ENCARECIDAMENTE ESTUDIAR TAMBIEN EL TEMA 4.5. DEL BLOQUE IV «FAMILIA Y EDUCACION EN LA FE».

V. Actividades sugeridas para trabajar el tema.

Para reflexionar en grupo a partir de las siguientes ideas

- Leer el texto, contrastando párrafo por párrafo con la realidad local.
- Invitar al párroco o a su representante para dialogar con él sobre cómo es vista desde la comunidad parroquial esta misión evangelizadora de la familia.
- Realizar encuentros con los movimientos o agrupaciones eclesiales familiares, por ej, Cursillos de Cristiandad, Movimiento Familiar Cristiano, Encuentros Conyugales, Focolares, etc., a fin de intercambiar con ellos ideas sobre el tema.
- A nivel de alumnos puede pensarse en elaborar un proyecto de aula, dentro del marco de la catequesis, sobre la misión cristiana de la familia.
- Invitar a algún especialista a dar una charla sobre el tema con motivo de alguno de los tiempos litúrgicos fuertes del año: cuaresma, adviento, pascua, navidad, etc.

VI. Conclusiones y recomendaciones

VII. Fuentes y referencias

- Borobio, D. (1988): *La celebración en la Iglesia JJ. Sacramentos*, Salamnca: Sígueme. 558 ss.
- (1993): *Sacramentos y familia. Para una antropología y pastoral familiar de los sacramentos*, Madrid: Ediciones Paulinas.
- Campanini, G. (1983): «*Familia*», en S. de Fiores- T. Goffi, *Nuevo diccionario de espiritualidad*. Madrid: San Pablo, 546.
- CELAM, (1986): *Documento de Puebla*
- CELAM, (1992): *Documento de Santo Domingo*
- CONCILIO VATICANO II, *Lumen Gentium, Gravissimum Educationis, Apostolicam Actuositatem, Gaudium et Spes*
- CONGREGACION PARA LA DOCTRINA DE LA FE (1987): *Donum vitae. Instrucción sobre el respeto de la vida humana naciente y la dignidad de la procreación. Respuesta a algunas cuestiones de actualidad* (22 feb. 1987): AAS X (1988) 70-102.
- Elizari, F. (ea.), (1981): *El Sínodo de la Familia. Un mensaje de esperanza*, Madrid.133-144.
- Fahey, M. (1995): «*La familia cristiana como Iglesia Doméstica en el Vaticano*», en *Concilium* 260 121-130.
- Filgueiras, E. (1988): «*La Instrucción Donum Vitae: Fundamentación, claves de lectura y perspectivas*» en *Compostelanum*, 33, 225-2246.
- Flecha, J. (1983): *La familia lugar de evangelización*, Madrid, 13-40.
- Folgado, S. (1980): «*Eclesiología y sacramentalidad del matrimonio*» en *La Ciudad de Dios* 2. 223.:258.
- Grasso, G. (1983): «*La Familiaris Consortio*» y *la teología del sacramento del matrimonio*» en *Angelicum* 60, 97-108.
- Guitarte, V. (1982): «*Amor y Matrimonio en la exhortación Familiaris Consortio, de Juan Pablo II*. En: *Revista Española de Derecho Canónico* 38.
- Juan Pablo II: *Catechesi Tradendae, Familiaris Consortio, Christifideles Laici; Carta a las Familias*.
- Lahidalga, J. (1978): «*De la realidad «significada» a la realidad «significante» en el matrimonio sacramentalizado: reflexión teológica*», En: *Lumen* 27, 26-45.
- (1987): «*El arte de amar de Fromm y la familia. Reflexión pastoral*», En: *Surge* 45, 117- 135.

- (1994): «*El modelo cristiano de familia también hoy: familia "conyugal"*», En: Surge 564-566. 401-422.
 - (1971): «*Indisolubilidad del matrimonio y divorcio en la Iglesia de hoy. Estado de la cuestión*», En: Lumen 20, 289-330.
 - (1987): «*La psicología ayuda a la teología del matrimonio: «El arte de amar» de Fromm*» En: Lumen 36, 405-426.
 - (1977): *En tomo a la "consistencia" del matrimonio sacramentalizado: una triple concepción*. En: Lumen 26, 26-27.
 - (1988): «*De la Humanae Vitae a la Familiaris consortio, pasando por el Sínodo episcopal 1980*» En: Lumen, 37, 394-418.
 - (1982): «*Pastora.! y situaciones irregulares en el matrimonio: la «Familiaris Consortio» de Juan Pablo II*», En: Surge 40, 25-45.
 - (1975): «*La existencia del matrimonio sacramentalizado: un dato irrenunciable de la teología católica*», En: Lumen 25, 418-440.
- Lanversin, B. (1989): «*Los fundamentos sagrados del orden de la creación en el matrimonio natural*», En: Latourelle R. (ed.), *El Vaticano II: Balance y Perspectivas*, Salamanca: Ed. Sígueme, pp. 571-584.
- Losada, J. (1986): «*La familia cristiana, Iglesia doméstica*», En: *Teología y catequesis* 20, 511-521. Pablo VI: *Evangelii Nuntiandi*.
- Pontificio Consejo para la familia (1992): *De la desesperación a la esperanza*.
- Ruffini, E. (1971): «*La famiglia comunità di grazia*», En: AA. VV., *Matrimonio, famiglia e divorzio*, Nápoles, 43-60.
- Ruiz, M. (1978): «*La familia como Iglesia doméstica*», En: *Studium* 18, 321-332.
- Santa Sede (1983): *Carta sobre los derechos de la familia, Ritual del sacramento del matrimonio., Catecismo de la Iglesia católica;*
- Sarmiento, A. y Escriba, J. (1991): *Enchiridion Familia*, Pamplona: Rial.
- Schillebeeckx, E. (1968): *El matrimonio: realidad terrena y misterio de salvación*, Salamanca: Ed. Sígueme.
- Valsecchi, A. (1972): *El matrimonio*, Madrid.

Algunos sitios web interesantes:

<http://mx.geocities.com/cevenpue/lafamili.htm>

<http://www.churchforum.org.mx/info/Familia/>

<http://calvarychapel.com/horizonte/semilla/matrim/matrim5.html>

<http://www.misiones.catholic.net/fami.htm>

<http://www.multimedios.org/docs/d000243/>

<http://pls.gospelcom.net/ClarkFundamentos-Familia/clarkfundamentos.html>

http://adorador.com/mariadelosangeles/la_familia_cristiana.htm

